murallas desde las cuales tiró su espada Guzman el Bueno.

En los parajes de estas y otras demoliciones, el buen gusto moderno exige hacer jardinitos ingleses de yerbas forrajeras, que hacemos crecer á jeringazos, y producen para los médicos abundante cosecha de tercianas. Con esto, y con la plantacion de algunos chopos y acacias, tenemos ante nosotros el aspecto de todo nuestro progreso indefinido ó no definido: forraje por ahora y zoquetes para mas adelante.

CAPITULO IX.

PREOCUPACIONES CONTRA LA LIMOSNA DE LOS CONVENTOS AUN EN LOS TIEMPOS MISMOS LLAMADOS DE LA SOPA.

He dicho que la preocupacion contra la sopa conventual no era moderna; que la generacion actual, que habla contra ella sin haberla alcanzado, no es tan criminal en esta parte como la que la precedió, y desde la época de la invasion francesa principió ya á zaherirla calumniosa é injustamente, y dijo una mentira cuando podia convencerse de lo contrario con abrir los ojos.

No quiero salir todavía de Alcalá, puesto que acabo de hablar del convento de San Diego. Aunque sea de poca importancia lo que voy á decir, y aun algo grotesco y estudiantil, al lado de otras observaciones mas sérias y mas graves, servirá con todo para lo que se llama dar al cuadro algo de colorido, y recordar escenas y cosas de tiem-

reojo al nuevo comensal, pues á su astucia no se podia ocultar fácilmente que en aquello habia algun misterio.

—No crea vd., añadió, que va á comer mal aquí, ó una comida cualquiera. Yo la prefiero á la del figon por mil razones, y entre otras, porque aquella es peor y cuesta dinero.

El manchego respiró: abrióse la puerta interior. Salió el portero con la marmita, rezó las oraciones de costumbre, y llamando á los tres estudiantes, les hizo seña para que entraran en el claustro. Nuevo apuro: la apuesta era que la sopa se habia de comer en la portería, y de modo que pudieran presenciar aquel acto los testigos. Entraron los dos sopistas, negábase el manchego, pero el portero le instaba á entrar. Este caso tam-

—¡Adios mi apuesta! dijo en sus adentros el manchego, aturrullado por la erudicion del portero ex-alguacil mayor, y siguió los pasos de los otros dos estudiantes. En un cuarto decente y aseado, con buena mesa y mantel limpio, con servilletas, vasos y cubiertos decentes, se les sirvió á los tres una buena, limpia y sazonada comida, que á su vista se vertió del puchero, preparado ex profeso para los estudiantes. El manchego, gracias á su dieta, y gracias á la realidad, lo comió con apetito, y halló la sopa, el cocido y los postres superiores á los que diariamente le servia la patrona por su dinero.

¡Amarga decepcion! venia por bazofia y le habian servido una comida limpia, abundante y sazonada.

y sopa en un convento; luego habia comido sopa de convento.

Los contrarios decian que aquella sopa no era la verdadera sopa, sino una sopa apócrifa; que no la habia comido en público, y que debia repetir la tentativa en otro convento.

La cosa llevó ruido por la Universidad; el manchego se quedó sin la média onza de oro, y los frailifobos no se apearon de su asno, á pesar de la relacion de su condiscípulo.

CAPITULO X.

LA SOPA CONVENTUAL EN SUS RELACIONES CON LOS TESOROS DE INDIAS.—UN SOPISTA QUE VALIA UN MUNDO.

De Alcalá pasemos á Salamanca, aunque en ello no sigamos órden cronológico ni gerárquico: al fin esto no es un compendio de historia. Quiero tomar de algo léjos el asunto de este capítulo.

Habia á fines del siglo XIII en Mallorca un hombre noble y rico que habia dejado su casa, bienes y familia para vestir el humilde sayal de San Francisco. Llamábase Raimundo Lulio, y se empeñó en predicar y convertir á los musulmanes. Los alemanes le tienen por un gran filósofo y hombre profundo: los franceses por un hombre extravagante y perdulario. Los españoles, claro está, nos hemos decidido por lo segundo: no habiamos de ir á desairar á nuestros caros y amables vecinos; y enseñamos á nuestra juven-

pos que pasaron y de los últimos años de los conventos próximos á ser extinguidos.

Érase que se era, el mal que se vaya y el bien que se venga.... [1] Érase que se era hácia el año 1834, cuando todavía los estudiantes gastaban manteos y los frailes andaban por el mundo; es decir, cuando aun no habia principiado la degollina.

Ocurrió, pues, en una reunion de estudiantes de leyes, que así se llamaba entónces á lo que ahora llamamos facultad de derecho, que despues de desollar unas cuantas reputaciones femeninas y algunas de catedráticos y doctores, charlando mucho y estudiando poco, se vino á parar á la cuestion de los frailes, y de una en otra cayeron los interlocutores en la sopa sin ser moscas. Ninguno habia asistido á ella, pero todos hablaron de ella y la execraron, como si la hubieran visto.

—¡Qué desgracia seria tener que comer eso!

—Yo primero reventaria, decia otro, que comerlo.

—¡Oh! debe ser una cosa nauseabunda: no habria hambre que me hiciera arrimar á ese pote, ni á la portería de un convento.

—Pues yo, dijo un estudiante manchego, no

1 Así principiaban los cuentos antiguos y solian añadir: *el mal para los moros y el bien para nosotros.*

tendria reparo en echarme al cuerpo un plato de ese bódrio, si tenia buen hambre y me dejaban elegir convento.

Esta salida fué acogida con general desagrado, y casi con estupor.

—Eso lo dices tú, replicó otro, pero no lo harias.

—¿A que si?

—¿A que no?

—¿Apuestas algo?

—Apuesto.

—¿Cuánto?

—Tanto.

Se apostó media onza de oro. El manchego hizo que se depositara la media onza tangible y visible. ¡No que no! En las rglas de jueego que pasaban por tradicion de una generacion de estudiantes á otra generacion de *crasos,* [1] y que se consignaban en latin macarrónico, habia una que decia: *Inter scolasticos quod non ponitur non solvitur.* No servia apuntar una peseta al as de oros, si la peseta buena y corriente no era depositada sobre la carta. El manchego tenia esta regla presente al hacer que saliera la media onza á ser vista.

Pusiéronse condiciones, plazos, testigos, etc. Era una cosa muy formal, demasiado formal, el

1 Nombre que se daba en Alcalá á los estudiantes noveles.

comer un plato de sopa en la portería de un convento, para que dejaran de tomarse precauciones. El manchego se consideraba poco ménos que como el araucano Caupolican, cuando iba á cargar el roble sobre sus hombros. Se purgó, se previno con dieta, eligió dia, y por teatro de su hazaña la portería del Colegio de jesuitas.

Seguido de los compañeros de disputa, que iban á cierta distancia, avanzó por la calle de Libreros, y, con grande desenfado, entró en la portería. ¡Mal pecado! Lo primero que se echó á la cara fué á otros dos estudiantes de la tuna juntamente con ocho ó diez pobres lisiados, ó mujeres escuálidas con sus niños de pecho. El un estudiante era teólogo y de las montañas de Aragon: el otro, era cursante de todas las facultades: se matriculaba todos los años, pero, ó no se examinaba, ó perdia curso.

Debia tener ya unos 50 años, edad poco á propósito para el estudio; pero él, en rigor, no era estudiante, era cursante de oficio, un verdadero sopista ó estudiante de la tuna. Acuérdome de su nombre como se acordarán muchos de los que por entónces cursaban en Alcalá. Habia algo de misterioso en la vida de aquel sopista. Poco despues de principiar la guerra civil, desapareció de la Universidad, y vagos rumores aseguraron que habia sido pasado por las armas.

Acercóse el sopista al manchego (que así lo llamarémos) y le manifestó su extrañeza de verle allí.

—¡Qué quiere vd!... una desgracia... No ha venido el arriero de mi pueblo... me veo mal... El interpelado no tenia preparada ninguna mentira para este caso y dijo las primeras que se le ocurrieron.

—No importa, le contestó el sopista, yo no puedo consentir que venga vd. á la sopa. Aquí tengo yo media onza de oro para sacar de apuros á un condiscípulo, y diciendo y haciendo, le alargó media *pelucona*, prima hermana de la depositada en apuesta.

—Gracias, mil gracias... yo no tomo dinero... no puedo consentir... no faltaria más...

El pobre manchego no sabia qué responder: el sopista instaba, los compañeros atisbaban desde una casa de enfrente, y otros pasaban y repasaban desde la puerta de Mártires hasta el Colegio del Rey, pues querian cerciorarse de que se habia comido el execrable plato de la tan formidable y temida sopa.

Al fin manifestó el manchego que á todo trance queria comer la sopa, por lo ménos aquel dia, ya que habia venido.

¡Oh! se puede comer muy bien, dijo el sopista, guardando su media onza de oro, y mirando de